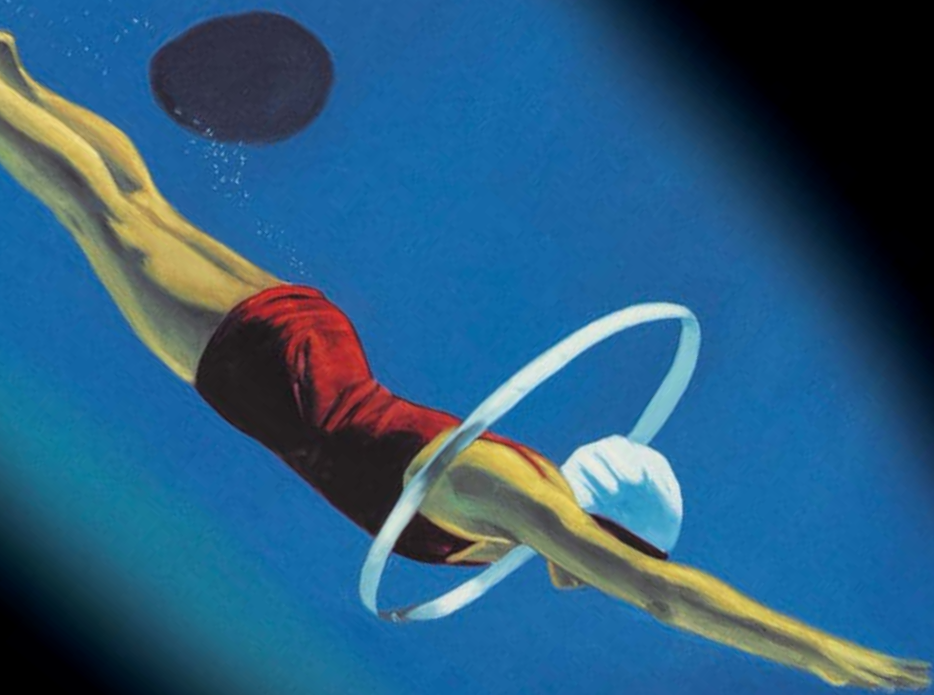




Tantos lobos

Lorenzo Silva



DESTINO

# Tantos lobos

Lorenzo  
Silva

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1417

© Lorenzo Silva, 2017  
www.lorenzo-silva.com

© Editorial Planeta, S. A. (2017)  
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.  
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona  
www.edestino.es  
www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2017

ISBN: 978-84-233-5299-9  
Depósito legal: B. 22.236-2017  
Impreso por Black Print  
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Nota preliminar . . . . .	11
---------------------------	----

### 547 amigos

1. Un asesino de niñas . . . . .	21
2. Tejido epitelial . . . . .	26
3. Una imagen inexacta . . . . .	31
4. Algún otro plan . . . . .	36
5. Protocolos de protección . . . . .	41
6. Enlace apagado . . . . .	45
7. <i>Bad Romance</i> . . . . .	50

### Antes de los dieciséis

1. <i>NOT your whore</i> . . . . .	57
2. <i>Ola k ase</i> . . . . .	62
3. Los hombres no arañan . . . . .	67
4. Ninguna hipócrita . . . . .	72
5. Un expediente impoluto . . . . .	78

6. <i>Otaku</i> .....	83
7. Nadie escucha.....	88

### Cuatro novios

1. No era el único .....	97
2. Sembrar la duda.....	103
3. Un dinosaurio.....	109
4. Un masaje .....	115
5. Una gracia especial.....	121
6. Unos cuantos polvos.....	127
7. Un atajo.....	133

### La hija única

1. El peor escenario.....	141
2. Porque está limpio .....	147
3. Tantos lobos .....	153
4. Nada que hablar.....	159
5. No era el objetivo .....	165
6. Algo precipitado.....	171
7. Un desliz .....	177

Agradecimientos .....	183
-----------------------	-----

# I

## Un asesino de niñas

Recibí la llamada mientras estaba preparando las maletas para irme de viaje. El destino era lo de menos. Desde hace tiempo ya sé que en todas partes me estoy esperando yo, así que tampoco tiene sentido torturarse demasiado pensando a dónde ir. Si acaso procuro buscar algún sitio donde haya aire, horizontes abiertos. Con un paseo largo, a poder ser, para no chocarme más de la cuenta conmigo mismo. Ayuda que tenga mar. Añoro el mar en Madrid.

Iba a contar que yo fui un niño con un mar delante de los ojos todo el tiempo, y que eso me acostumbró a mirarlo y a echarlo de menos después. Iba a contar que ese mar era gris o marrón, según el día, y que lo llamaban Río. De la Plata, para más señas. Pero a quién le importa todo eso. Quizá ni a mí, que desde que me alejaron de allí, con siete años, no he hecho el esfuerzo de volver y he aprendido a conformarme con otros mares, otros colores, otras gentes. Con este oficio de levantar y buscarles una explicación a los muertos.

Esto es lo que importa: el muerto o, mejor dicho, la muerta, que esta vez era una de esas que le em-

plomán a uno el día. Una de esas que no debería encontrarme, pero que a veces me encuentro. Fue Chamorro, mi leal sargento, quien me interrumpió mientras dudaba qué camisas doblar y echar a la maleta y contaba camisetas, calcetines y calzoncillos. También fue ella quien me puso al corriente de los primeros y tristes detalles (siempre lo son) del trabajo:

—Víctima de sexo femenino, catorce años, estrangulada. Los padres habían denunciado la desaparición ayer mismo. Lugar, zona de descanso de la AP-6, pasado El Espinar, Segovia.

—¿Pasas tú a buscarme? —le pregunté.

—Claro, para eso eres el jefe.

—Vale, así me da tiempo a deshacer la maleta, que la tenía ya medio hecha. Llama al chico y recógelo a él antes.

—Lo siento. Lo de la maleta.

—Yo no. Todavía no había empezado a doblar camisas. Eso que me ahorro. No me apetecía nada, la verdad.

—El teniente coronel, en todo caso, me dice que te traslade sus excusas por esta demora en el inicio de tus vacaciones. Que cuentes con disfrutar luego los días que pierdas ahora.

—Muy amable, el teniente coronel. ¿Se oían chapoteos de fondo mientras te decía todas esas cosas?

—No, me lo dijo en persona. Sigue aquí, en la unidad.

—Ah, intrigando. Qué se traerá entre manos.

—Y a ti qué más te da. En media hora te recojo.

Es lo malo que tiene Chamorro, la exactitud. Veintinueve minutos después, sonaba el timbre. Con la lentitud mental y física que imponía el calor insufrible del julio madrileño, apenas había acabado de guardar las cosas y estaba todavía dudando qué americana y qué pistola coger. Era verano, hacía treinta y un grados (y subiendo) y se trataba de un asesino de niñas, el más cobarde de cuantos existen. En resumen: me puse la americana de trapillo de Zara y escogí la pistola pequeña. Nunca hay que cargar con pesos inútiles.

Chamorro había pillado el Passat V6. Es lo bueno que tiene el verano, aunque mi ciudad se haya convertido por efecto del cambio climático en una sucursal del infierno. Todo lo que durante el resto del año está disputado, queda vacante. La pauta valía tanto para el coche estrella de la unidad como para el asfalto de la M-30, que esa mañana se veía felizmente despejado. Mientras avanzaba por los túneles a los setenta por hora reglamentarios, Chamorro nos fue poniendo en antecedentes a mí y al guardia Arnau. Este, muy tieso en el asiento del copiloto, como el primer día que lo había ocupado, la escuchaba con un gesto adusto que desde mi posición, derrengado en el asiento trasero, tan sólo podía adivinar. Pero lo adivinaba. Un año y medio después, todavía no había conseguido que se atreviera a tutearme. Desde algún lugar de la eternidad, el duque de Ahumada lo observaba complacido. Un benemérito digno del tricornio.

—La chica salió de casa ayer a las cinco —explicó Chamorro—. Según los padres, dijo haber quedado



con unas amigas y ellas lo confirmaron. El cuerpo lo encontró a las seis de esta mañana un turista francés, a quien está costando un poco retener. Por lo visto esperaba estar subido en la tabla de *windsurf* en Tarifa esta misma tarde. La cuestión, yendo a lo que nos ocupa, es que la mataron en esa ventana temporal de trece horas. Supongo que el forense nos permitirá acotar la hora un poco más cuando la examine.

—¿Cómo estaba la chica? —pregunté.

—¿A qué te refieres, en concreto?

—Ropa.

—Vestida, completamente. Con la que dijeron sus padres que llevaba cuando fueron a denunciar su desaparición. Tejanos claros, blusa fucsia, zapatillas deportivas Converse.

—¿Marcas de violencia?

—Sólo en el cuello.

—¿Algo bajo las uñas?

—No me ha dado tiempo a preguntar tanto. Pero es muy probable que lo puedas comprobar tú mismo dentro de un rato. Les he pedido a los segovianos que no la muevan hasta que lleguemos.

—Espero que su señoría se avenga a esperarnos.

—No había llegado aún cuando los llamé.

—Claro, es pronto. ¿De dónde es la chica?

—Bueno, eso resulta curioso, hasta cierto punto. Hispano-belga. Nerissa Van den Broek Zurita. Residente en Pozuelo de Alarcón.

—Ah, padres con pasta *habemus*.

—Eso parece. Por sus profesiones.

—¿A saber?

—La madre, ejecutiva de un banco. El padre, director general de la sucursal de otro en España.

El dato me sacudió un poco, no lo oculto.

—Vaya —observé—, eso no se ajusta mucho al perfil habitual de los padres de muchachas asesinadas y abandonadas en zonas de descanso de autopistas.

—¿Existe un perfil de eso? —preguntó Arnau.

—¿Lo preguntas en serio? —repuse.

—Eh... Supongo que no —dudó.

—¿A que ahora te provoca más? —intervino Chamorro.

—Tenía sólo catorce años —dije—. Me da igual que fuera rica. Iba a ponerme de su lado igual. Que se prepare el que lo hizo.

## Tejido epitelial

Todavía no se habían llevado el cuerpo. El juez ya estaba allí. Era un tipo cordial, que apenas parecía juez. Vestía de manera bastante informal, con unos vaqueros y un polo de color celeste, algo dado de sí. Tenía su señoría un ligero sobrepeso, cabello ensortijado y sonrisa fácil. Incluso se le escapaba una y otra vez en medio de aquel trance, lo que no parecía sin embargo irrespetuoso hacia la víctima. Era una sonrisa comedida, social, con la que acompañó el apretón de manos que me dio para recibirme, después de que me lo presentara el capitán que estaba al frente de la unidad territorial de policía judicial de Segovia. Su señoría se tomó incluso la molestia de indicarme dónde se encontraba el cuerpo. Y me hizo notar su deferencia:

—Me han dicho sus compañeros que deseaban verla tal cual. Así que no la hemos movido. Miren lo que necesiten y, por favor, en cuanto pueda ordenar que se la lleven, me avisan. Los padres están ahí mismo, y nos está costando un poco impedirles que se acerquen. Háganse cargo de lo que es para ellos tenerla así.

Miré hacia donde estaban los padres. Más allá de la zona acordonada, a unos treinta metros de distancia. No los pude distinguir bien. Apenas la compleción y el color de pelo. Muy alto y castaño claro él. Bastante más bajita y morena ella.

—Nos hacemos cargo, señorita —dije—. Serán sólo unos minutos. Se lo prometo. Virginia, Juan, venid conmigo.

Chamorro y Arnau me siguieron. La chica estaba a unos cinco metros de la zona asfaltada, sobre un terreno de bastante consistencia. Ni había huellas de calzado ni las íbamos a dejar nosotros. Me encargué de descubrir el cadáver. Arnau sujetó el cobertor mientras la sargento y yo examinábamos el cuerpo. No tenía más desperfectos visibles que las magulladuras del cuello. Un fino cuello, dicho sea de paso, que habría cautivado a más de uno si a su propietaria le hubieran permitido crecer. Nerissa Van den Broek era morena como su madre y algo más alta, aunque no tanto como su padre. Le habían cerrado los ojos, por lo que no pude ver de qué tono los tenía. Su ropa era bonita y cara, de marca, y no se veía sucia, salvo por la parte que estaba en contacto con el terreno. Diríase que la habían depositado con cuidado en el suelo. Estaba caída sobre un costado, con una mejilla apoyada en tierra, las piernas ligeramente dobladas y las manos ante sí. Me puse unos guantes de látex, precaución esta que ya habían tomado Chamorro y Arnau. Le levanté una mano, la derecha, ateniéndome a la probabilidad estadística. Salvo que perteneciera a la minoría de zurdos, en esos

dedos tendría más fuerza. Bajo sus uñas había, notoriamente, tejido epitelial.

—Bingo —dijo Chamorro.

—Un aficionado —juzgué—. En cuanto haya sospechosos, a mirarles los antebrazos. Y a desconfiar si procuran no enseñarlos. Es una suerte que nos los veamos con un idiota. A lo mejor la autopsia nos proporciona todavía más material. Ya sabes dónde.

—Sí, ya sé —asintió la sargento.

—Idiota del todo no es —observó Arnau—. Se deshizo de ella en un sitio donde podía estar bien seguro de que no dejaría huellas de neumáticos. Y como lo debió de hacer de madrugada, apenas se arriesgó a que otro conductor parase y lo sorprendiera.

Mientras examinaba las suelas de las zapatillas de Nerissa (completamente limpias, por cierto) sacudí la cabeza:

—No, mi querido Arny, te equivocas, el tipo al que buscamos no sólo es tonto del culo, sino que se puso nervioso y la tiró donde primero se le ocurrió. Sólo un imbécil abandonaría un cadáver en una autopista de peaje. Tenemos todas las bazas para cazarlo sin despeinarnos. No hay más que pedir las cintas de las cámaras del peaje de entrada y del de salida. Y ver qué coche tarda un poco más que los otros en recorrer el tramo en cuestión. Así que ya tienes tu primera tarea. Ya estás buscando entre esa gente de ahí a quien represente al concesionario de la autopista. Y que nos vayan sacando copia de la peli de la noche pasada, para que puedas verla cuanto antes.

Arnau enrojeció levemente.

—Confieso que no lo había pensado.

—No te preocupes, hace mucho calor, has dormido mal, eres aún joven. Se te puede disculpar que no se te ocurriera.

—Tampoco te dejes acogotar por el jefe —lo apoyó Chamorro—. Si el tipo le metió zapatilla al coche y fue rápido con la operación, la genial idea del brigada no nos servirá para nada. Tendremos que buscarlo igual entre los cientos de coches que hayan pasado esta noche por delante de esas cámaras. Y me temo que va a ser así. No se alejó mucho para deshacerse del cuerpo, y yo diría que ya estaba muerta cuando pasó por el primer peaje.

Clavé en mi compañera una mirada suspicaz.

—¿Y de qué deduces eso?

Chamorro señaló entonces el pantalón de la víctima, a la altura de las posaderas. Sobre el tejido claro, había algo que me había pasado inadvertido hasta ese momento. Mi sargento explicó:

—Una mancha de grasa. Y por la forma, longitudinal, es como si se la hubiera hecho al restregarse contra algo. Por ejemplo, con el cierre engrasado de un maletero al sacarla de él.

—Bien visto, Virgi —aprobé, a mi pesar—. Y además tu perspicacia nos suministra otro dato. Esta chica no pesa arriba de cuarenta y ocho kilos. El tipo al que buscamos es un flojo.

—O el maletero tiene boca estrecha —apuntó Arnau.

—También —admití.

Le pedí a Arnau con una seña que volviera a cubrirla.

—Busca al de la autopista, Juan, y pídele las cintas —insistí—. Y tú, mi sargento, diles a los de Criminológica que no dejen de sacarle a la chica muestras de debajo de las uñas y que peinen todo lo que tengan que peinar antes de que se la lleven. Yo me voy a hablar con los padres. En cuanto puedas, te me unes.